



A RRECIABA el viento, cubríase el cielo de nubarrones, caía la lluvia con estrépito amenazando furiosa tormenta. Ninguno de los que estaban en la sala se ocupaba del tiempo.

Tres niñas de rubios y ensortijados cabellos, cutis más blanco que el alabastro, de expresiva fisonomía, azules ojos, traviesas, bulliciosas, retonzanas, jugaban con sus muñecas, esforzándose en que un gatito blanco se sostuviese en pie y tomase el pulso á un *bebé* de cera, y riéndose con estrépito al ver que el *galeno* volvía á cada instante á su natural postura de sostenerse en cuatro patas, sin dar importancia alguna á la grave dolencia del muñeco enfermo.

En el ángulo de la sala, sentado en un sillón, estaba un elegante joven. Se pasaba continuamente la mano por la frente como si quisiera alejar alguna idea que le preocupara mucho.

De pie, apoyada en la consola, contemplaba la joven madre á sus hijas. Sonreía al verlas jugar con sus muñecas, y con la alegría retratada en sus rostros infantiles.

De pronto volvió la vista y reparó en la preocupación del hombre á quien tanto amaba. Nublóse su frente, una gran angustia oprimió su pecho y anhelante se acercó á él despacito, sentóse en sus rodillas, le ciñó los brazos al cuello, y buscó amorosa sus labios; pero antes que llegase á darle un beso, él la miró con desprecio y rechazándola la dijo con dureza:

—¡Déjame! ¡Qué impudor! ¿No ves que están ahí las niñas y no debes demostrar así tu excesivo cariño? ¡Modérate un poco, eres demasiado impetuosa en tus demostraciones de afecto, y eso me desagrada!

—¡Jacinto!—contestó ella con dignidad;—eres injusto y cruel...

El fulgor de un relámpago y un trueno espantoso hizo estremecer á las niñas que, llorosas y azongojadas se refugiaron en el regazo de su madre. La cual abrazólas con vehemencia estrechándolas fuertemente contra su pecho.

LA ESCULTORA

¡Ella también lloraba! Resonaban en sus oídos las duras frases de Jacinto, pareciéndola que algo se derrumbaba, que el edificio de su dicha no descansaba sobre sólidos cimientos y que todo se hundía, todo se venía por tierra.

¡Qué mal la juzgaba Jacinto! Le veía triste, pensativo, y quería disipar con su afecto las penas que le afligían, quería distraerle... y él, con lamentable error confundía su tierna solicitud con voluptuosos deseos.

Otras veces había censurado Jacinto que fuese tan expresiva con él; pero se lo decía con cariño, nunca con aquel tono brusco y grosero que él no acostumbraba á usar con nadie.

—Tengo miedo mamá;—dijo Juanita, la mayor de las niñas, al oír los truenos que eran cada vez mayores.

—No te asustes, tonta,—dijo con valentía Lucila;—yo no tengo miedo estando al lado de mis papás.

—Así debes ser tú, Juanita,—dijo Rosa,—valiente como tu hermana.

Juanita abrió sus grandes ojos azules, la miró fijamente y exclamó con picardía:

—Tú también tienes miedo, mamá, y estás llorando.

—No lloro de miedo, hija mía, lloro por...—y sin poder proseguir rompió en convulsivos sollozos.

Jacinto la miró con enojo y se marchó á su habitación.

Rosa procuró contener sus lágrimas, se llevó las niñas, las hizo rezar, las desnudó, acostó á cada una en su camita y se quedó con ellas hasta que estuvieran dormidas.

La lluvia cesaba, ya no se oían truenos, algunas estrellas brillaban, tachonando el firmamento, y la luna ostentaba su plateado disco.

Una esperanza consoladora brotó en el alma de Rosa. Pensó que así como se calmaba la tormenta y lucía el buen tiempo, así también cesaría su pena.

Miraba con ansiedad á la puerta esperando ver asomar á su adorado Jacinto que, como otras veces que la ofendía, iría luego á implorar su perdón. ¡Ah, con qué placer le perdonaría! ¡Cuán pronto olvidaría el agravio recibido! Muy grosero había estado; pero como le amaba tanto, todo quedaría perdonado.

Transcurrían las horas y Jacinto no se presentaba. Sus sienes latían con violencia, estaba febril, agitadísima, y aquella idea tenaz que siempre la perseguía de que él no la amaba, tomaba en su cerebro colosales proporciones. Sentóse en un sofá, apoyó la mano en la ardorosa frente y evocó el pasado.

Murieron sus padres en España y la mandaron á Francia á una pequeña aldea cerca de París; allí estaba Gavirio, un escultor notable, amigo de sus padres. ¡Cuánto la quería; con qué tierna solicitud la cuidaba y qué deliciosa pasó la niñez al lado de aquel artista que era un niño grande, siempre indulgente y cariñoso.

La enseñó á pintar y entró en la fábrica de porcelana de Sevres. Ganaba mucho y era de todos admirada por la originalidad de los dibujos, la viveza del colorido, y el realce que tenían sus pinturas. El encargado de la sección decía siempre:

—Las pinturas de la joven española se salen de la porcelana. ¡Qué bien se llevaban Gavirio y ella! ¡A todas partes iban juntos, amándose como si fueran padre é hija!

No había tenido nunca novio y su corazón permanecía tranquilo.

Una tarde, tres elegantes jóvenes visitaron la fábrica y, al oír elogiar á la joven española, ellos que también eran de España, fueron con mayor afán á donde trabajaba Rosa.

Esta pintaba un precioso paisaje en un hermoso jarrón, y exclamó uno de ellos en castellano:

—¡Bellísima obra. Mira, Jacinto, qué colorido, qué expresión, qué figuras tan delicadas!

Rosa volvió la cabeza al oír hablar en su idioma y entabló conversación con los jóvenes. El encargado de la sección rogó á la joven le enseñase la fábrica y ella muy contenta les sirvió de *cicerone* mostrándoles todo lo más notable.

Vieron los enormes aparatos de levigación, en donde el *raolin*, materia principal para la fabricación de la porcelana, se deja ablandar en grandes depósitos de agua, con la que se mezcla después por medio de un agitador mecánico, pasando en grandes cubos á donde el *raolin* reposa para formar con aquella suave masa tantos preciosos objetos.

Visitaron luego los hornos para la cocción de la porcelana, las cápsulas en donde se encierran los objetos para que no se deformen. Rosa, muy artista y al corriente de todo, hacía pintorescas y minuciosas descripciones, elogiando la magnificencia de tan hermosa fábrica.

Vieron también los vastos salones en que hábiles obreras pintaban con cuidado sumo las delicadas porcelanas.

Jacinto, apenas se fijaba en nada, sólo miraba á Rosa abrumándola á galanías, y cuando oyó su nombre, inclinóse hacia ella, diciéndole con dulce y cariñoso acento:

—Se llama usted Rosa y yo Jacinto. ¿Quiere usted que los dos hagamos un ramo?

Aquellas frases sonaron en sus oídos como una música deliciosa, y muchas horas después aún estaba como embobada y sin hacer cosa de provecho; sólo veía á Jacinto inclinado hacia ella, y murmurando con dulce voz:—¿Quiere usted que hagamos un ramo?

Nada dijo á Gavirio y cuando pasaron unos días la pareció que todo había sido un hermoso sueño; pero una tarde, al salir de la fábrica, se encontró con Jacinto, entablaron conversación y la acompañó hasta su casa. Desde aquel día la corte con asiduidad y Rosa, inocente, creyó sincero el amor del joven.

Gavirio siempre vió con desagrado aquellos amores, la diferente posición social de Jacinto de la Bárcena, que pertenecía á una de las más opulentas familias de Madrid, dificultaría que aquel matrimonio se llevase á cabo, y su Rosita se quedaría sin novio después de haberse forjado las más risueñas esperanzas.

Aún fué peor lo que sucedió; Jacinto la dijo que sus padres no consentían que se casase con ella y que se iba á suicidar, pues la vida sin su Rosa era para él un martirio.

Creyólo la sencilla joven y, después de mucho luchar, consintió en irse con él.

Los primeros años fueron felicísimos; compró Jacinto una preciosa casa de campo en Brillancourt y allí vivían los dos, olvidados del resto del mundo.

En aquel nido encantador nacieron las tres niñas, á las que Rosa adoraba.

Gavirio, el protector de Rosa, su segundo padre, no la perdonó su falta; no quiso volver á verla más y se marchó á Roma, consagrándose por completo al arte.

Notable escultor y hombre buenísimo, había sufrido mucho. Su mujer, á la que amaba con locura, le fué infiel, abandonándole por un cómico. Despreciada después por el seductor que la abandonó, fué degradándose cada vez más hasta que murió en un hospital.

Gavirio se alejó de la sociedad, sólo se trataba con los padres de Rosa y, al morir éstos, amparó á la huerfanita siendo para ella un cariñoso padre, procurando inculcarle amor al divino arte.

La escultura no la gustaba, prefería mezclar en la paleta colores y más colores y pintar cuadros, sobre todo paisaje.

¡Cómo se entusiasmaba Gavirio cuando veía á Rosita delante del caballete pintar con afán y crear obras tan bellas! Pero no estaba satisfecho, él quería que fuese escultora.

—Tienes en el dibujo una pureza de líneas, un trazo tan varonil y robusto que serías una escultora notable,—decía siempre Gavirio.

Rosa le contestaba que no. Sólo la gustaba pintar extensas arboledas, lagos, barquitas, ovejas y pastorcitos, puestas de sol, noches de luna. ¡La naturaleza en sus múltiples y bellas manifestaciones!

¡Ah, cuánto había sufrido el buen Gavirio! Jamás pensó el noble artista que aquella niña cándida y pura huiese de su casa con un hombre que nunca la daría su nombre.

Ella era culpable, sí; pero la pasión la había cegado, no sabía lo que hacía y pensaba que, al ver su conducta, al saber lo mucho que amaba á Jacinto, consentirían sus padres en que la tomase por esposa, y entonces Gavirio la perdonaría.

Poco á poco esa dulce esperanza fué desvaneciéndose; Jacinto se mostraba con ella menos afectuoso. A veces estaba ausente muchos

meses sin escribirla y, cuando llegaba, apenas si se fijaba en las niñas y la reprendía por ser tan vehemente. ¡La reñía porque ella le amaba tanto!

Cuando la veía llorar y sufrir, entonces la acariciaba y la pedía perdón, que ella le concedía en el acto. ¡Tan grande era su cariño y el afán de que-diera nombre á sus hijas, que todo lo olvidaba!

Hacia unos meses que demostraba bien claramente que aquellos lazos eran ya para él pesada cadena. Frío, reservado, desigual el carácter y siempre preocupado, hacía sufrir á Rosa muchísimo, pero nunca creyó que la abandonase.

No sabía la infeliz que estaba ya decretada su sentencia.

Jacinto había recibido una carta de sus padres en que le decían que se habían enterado de aquellos amores y le mandaban regresase á Madrid, ya que en vez de estudiar se estaba en Brillancourt con aquella mujer.

La rosada luz de la aurora penetraba por las ventanas y la pobre Rosa sollozaba. ¡Su corazón presagiaba una gran desgracia!

¡Estaba anonadada! ¡Jacinto, aquel hombre que la sedujo con tan vehementes frases de amor, que se iba á suicidar si ella no le seguía, la abandonaba, dejándola deshonrada! ¡No era un sueño, no! Allí estaba el papel, la carta fatal en que la decía que, obligado por sus padres á marcharse á Madrid, le exigían un cambio de vida. La mandaba la escritura de propiedad de la casa en que vivían y trescientos francos, ofreciéndola igual cantidad mensual para que pudiese vivir ella y las niñas.

¡Ni una trase de cariño! ¡Qué horrible martirio, qué cruel abandono, qué soledad en el alma, qué decepción tan terrible!

¡Sus hijas estaban á cubierto de la miseria, pero no tenían nombre! Sobre su pura frente llevaban impresas las huellas del deshonro!

Estrujaba febrilmente la odiosa carta, la volvía á desdobar, la leía una y mil veces, pareciéndola que aquellas letras echaban fuego, que bailaban, que tenían extrañas y amenazadoras figuras.

Quedóse rendida, como si hubiera hecho larga caminata á pie; sentía sus miembros entumecidos, poseída de profundo desaliento, cual si saliese de larga y penosa enfermedad.

Se pasaba los días recostada en el sofá, la vida no tenía para ella ningún atractivo, abstraía en sus tristes pensamientos y languidecía como flor tronchada por el tallo.

Cuando las niñas preguntaron cuándo volvería papá, un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, y para que en sus tiernos corazones no quedase la impresión de aquella espantosa desgracia las dijo que su buen papá había muerto. Vistiéronse de luto y las desgraciadas niñas ignoraron que su padre las había abandonado.

Los días se sucedían monótonos y tristes, el horrible invierno atería de frío el cuerpo débil de la pobre Rosa y hubiera muerto por conunción.

Un telegrama de Gavirio, diciéndola que iba á su lado, animó á la desventurada haciendo tomar otro rumbo á sus ideas.

¿Qué le sucedía á Gavirio que volvía después de tan larga ausencia? ¿La perdonaba, estaba enfermo y quería morir á su lado? Algo extraordinario le pasaba á su protector cuando olvidaba el daño que ella le había causado.

Ansiaba verle, reclinarse su abatida frente en el seno del buen anciano, llorar, contarle sus penas; ¡ah! los instantes parecían siglos y ya no estaba inactiva, al contrario, todo quería que estuviese bien arreglado, iba de un lado á otro, daba órdenes á la criada, y procuraba imprimir un aspecto más alegre á la casa, que desde la marcha de Jacinto andaba como Dios quería.

PILAR FONTANILLES DE BÉJAR

(Concluirá).



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.



EN LA TRINCHERA

CANTANTES CÉLEBRES

DELFINO MENOTTI

Es un gran artista. Un verdadero artista de raza, de sangre, un artista que si no hubiera tenido una voz admirable, si no hubiese dedicado su inspiración y su talento al cultivo del arte lírico, igualmente hubiese alcanzado la celebridad.

De no ser cantante, hubiera sido pintor, poeta, músico; en las exposiciones, los primeros premios habrían ido unidos a su nombre, el público habríase aprendido de memoria sus versos ó su música recorrería en triunfo los grandes teatros de Europa. Es un hombre nacido para la gloria y el triunfo; uno de los que, llevando el *quid divinum* en la frente están providencialmente señalados para legar á la posteridad el recuerdo de su vida luminosa.

Italiano de corazón, sintiendo en su espíritu los generosos impulsos del amor patrio, apenas salido de las aulas, donde seguramente la rigi-

dez académica no estimaría en mucho el alma expansiva y libre del artista, sus primeras iniciativas, sus trabajos primeros dedicáronse á la liberación de su tierra sagrada de la tiranía del poder extranjero. Menotti, fué político, apenas salido de la adolescencia. Pero político, como únicamente puede serlo un artista. Político á la manera romántica; conspirador audaz, cuyos arrebatos patrióticos cuidó de curar paternalmente el gobierno, encarcelándole primero y desterrándole más tarde de su querido Trieste que él soñaba en libertar, Menotti halló una dirección á su espíritu y un consuelo á sus amarguras de patriota, dedicándose al arte y convirtiendo su nombre en una gloria legítima de Italia.

Estudió el canto con los maestros Rota, de Trieste, y Sebastián Ronconi, de Milán. Hizo su debut en Florencia y muy en breve, cantando en Milán *La Linda de Chamounix* y *Rigoletto*, en el teatro «Manzoni», obtu-



Fot. de J. Martí

vo un gran éxito, colocándole la opinión general y la crítica en primer lugar, en el lugar de las eminencias. De entonces á ahora, su carrera de triunfos no se ha visto interrumpida. En la «Scala de Milán» ha cantado en tres temporadas; en el «Real en Madrid» cinco consecutivas, cuatro en Lisboa, cuatro en Sevilla, dos en Valencia, otras tantas en el «Teatro Regio de Turín», é igualmente en el «Regio de Parma», «Verdi de Padova», «Regio de Génova» y «Odessa». En Berlín y San Petersburgo obtuvo grandes ovaciones. Su *tournee* por América dejó en Buenos Aires, en Montevideo, en Santiago de Chile y en Valparaíso recuerdos gratísimos y un núcleo de amigos y admiradores fervientes.

La familia Real española le ha distinguido extraordinariamente. Interpretando *Los Maestros Cantores* en el «Teatro Real de Madrid», S. M. la Reina Regente, Doña María Cristina, honróle llamándole al palco regio, para felicitarle afectuosamente, llevando sus bondades á invitarle á tomar parte en un concierto palatino en unión del insigne Sarasate y la eminente Regina Paccini.

S. A. R. la Infanta Doña Isabel, cuya competencia en arte es de todos reconocida, le invitó repetidas veces para dar audiciones, felicitándole siempre entusiastamente.

Tratándose de un artista de la celebridad universal de Menotti, inútil nos parece consignar que ha cantado en compañía de los más eminentes artistas; la Patti, la Pasqua, Durand, Teodorini, Tetrizzini, Nevada,

Paccini, Waurant, Darclée, con quien creó la *Tosca* en Lisboa, Gayarre, Stagno, Massini, Tamagno, Marconi, Bonci, De-Lucia, De-Marchi, Carraro, Uetam, Navarrini.

Carácter llano y afable, amigo de sus amigos, el mejor elogio de su persona, está hecho con decir que, siendo casi tradicional en el teatro que la maledicencia se ceba en todos y muy especialmente en aquellos que más alto brillan, para Menotti, no tienen sus compañeros más que frases de elogio, de admiración y de respeto. Si no temiéramos ofender su modestia, relataríamos mil rasgos de generosidad y de valentía que sus compañeros tienen á gala contar por doquiera con satisfacción y orgullo.

Es Caballero de la Real y distinguida orden de Isabel la Católica y del Cristo de Portugal.

Ausente de España hace algunos años, su aparición en el «Liceo de Barcelona» ha constituido un verdadero acontecimiento, impulsando su éxito á la empresa del «Teatro Real de Madrid» á telegrafiarle seguidamente proponiéndole una excelente contrata.

¿Y qué más hemos de decir? Su labor en la actual temporada ha sido celebrada tan unánimemente, que cuanto nosotros añadiéramos en su elogio resultaría pálido ante la realidad.

D. SIMÓ